

UNA OBRA SOBRE LA DECEPCION

Por Pedro Morthéiru

PEDRO MORTHEIRU es el fundador del Teatro de Ensayo de la Universidad Católica, fué su Presidente hasta el año pasado y sigue perteneciendo a su planta de Directores Artísticos. Sus méritos artísticos lo hicieron acreedor a una invitación del British Council y a becas de los gobiernos francés y norteamericano para estudiar teatro en esos países, donde profundizó sus conocimientos sobre la escenificación.

El Teatro Experimental de la Universidad de Chile lo ha invitado para que dirija, frente a su elenco, "Doña Rosita, la Soltera", que será su segundo estreno en el Teatro Antonio Varas. En este artículo, Pedro Morthéiru define su posición frente a la encantadora comedia de García Lorca.

SOY de una generación que estuvo cerca de García Lorca. Incluso, su muerte fué casi un duelo familiar. En esos años, se recitaba "La Casada Infiel" en todo verano, mientras en el colegio se escribían desatados ensayos sobre Lorca, con una pasión dolorida. Era la época de Margarita Xirgú en el Teatro Municipal. Fardos de rosas caían sobre la compañía, desde arriba, con un fervor cercano al golpe. Yo, allá arriba, desde la galería, con la frente sobre el fierro sobado, recibía una de las experiencias más intensas: oír a la Xirgú en ese tercer acto seco de "Doña Rosita, la soltera". Con su traje de enferma del alma, decía, en un tono que no se olvida, por lo irremediable:

"Y cuando llega la noche
se comienza a deshojar"

Mientras, al fondo, llenando cada pausa de fosa, se golpeaba una puerta, con algo de hachazo que se repite y hace todo

aún más insoportable. El escenario quedaba solo, con esa soledad de mausoleo que tiene una pieza sin muebles que ha sido habitada. De repente, una ventana se abría. Entraba un aire mojado y el visillo flotando era la aniquilación de toda esperanza, una nota exacta sobre la decepción extrema en un ser humano.

Hago estos recuerdos para subrayar la coincidencia de verme ahora sólo a unas semanas de "mi" dirección de "Doña Rosita". Es una circunstancia que me turba un poco, por el afecto que le tengo a la obra. Mi nexa con ella no es el ordinario. Es un objeto que conozco por sus cuatro costados y que siento me pertenece. En él está mi generación, mis recuerdos más personales y una época de mi vida que no olvido por su violencia en sus predilecciones. Esta coincidencia ha hecho aún más descontrolado mi afecto por la obra. Ahora, sólo deseo contagiarlo y espero el día del estreno con una impaciencia de niño chico.

Mucho se ha hablado últimamente sobre teatro en verso. Su éxito, en especial en Inglaterra con Eliot, Fry y Duncan, parece indicar que el público, algo cansado de la fotografía de lo diario, desearía un descanso del oído y del alma, relajándose con ayuda de una forma literaria más fuera de lo ordinario. Fry mismo, en su casa de Londres —en "Little Venice", lugar donde sería absolutamente imposible escribir algo en prosa—, me aseguraba su fe en su teatro, mientras me mostraba un pequeño cuadro pintado por G. K. Chesterton, objeto de un inmenso prestigio por lo inesperado. "Déle Ud. al público una bella música para el oído, algunas imágenes verbales ingeniosas, todo eso al servicio de un argumento apasionante, y le meterá la duda por el teatro en prosa". En el fondo, Fry, como todo artista serio, no escribe, como lo hace, por una simple determinación trivial, sino por una profunda necesidad personal. Y él, al decirme lo anterior, feliz, sólo estaba subrayándome el éxito de su inclinación natural. Por otra parte, si Eliot y Duncan escriben en verso es porque éste es su medio genuino. Toda esta reflexión me la ha sugerido el mundo tan propio del teatro de García Lorca. Fry, para mí, sigue siendo una especie de "elegante gáster de la imagen y la palabra ingeniosas", más que un poeta realmente trascendente. Unas frases junto a palabras inventadas, como quien suelda... Su trato personal, junto a sus objetos sofisticados que lo rodean, nos muestran claramente esa cara de su interior. Es un barroco moderno, de un buen gusto probado, con un infalible sentido del humor fino, pero que muestra cierto vacío dentro de su exquisitez. Y, de sorpresa en sorpresa, en un momento nos pusimos a hablar de García Lorca. ¡Qué diferencia entre el paisaje lamido, húmedo y elegante de esa parte de Londres y una simple evocación de Lorca! Mientras

le daba mis opiniones, yo pensaba, en el fondo: Lorca también tenía rasgos de culto a la forma, pero su obra es la de un poeta profundo, trascendente, condolido con su prójimo, humano, sencillote dentro de su aparente rebusca. Yo me quedo con Lorca, porque lo siento más a mi lado.

En mi opinión, "Doña Rosita" es una obra sobre el gran tema de la decepción. Se podría pensar que es sobre el de la soledad o de la soltería. Pareciera que Rosita, al término del tercer acto, —cuando la vemos alejarse hacia una casa más pobre, mientras mira por última vez el cielo raso de esa pieza donde pasó su juventud— es desgraciada porque está sola, irremediablemente camino hacia la soledad total. Sin embargo, para mí, no es la soledad lo que puede herir más a un ser humano: es la decepción. Cada cual está toda la vida buscando algo, y cuando lo ve ya cerca y se le va lejos, sin remedio, se produce la decepción, llaga que daña aún más el alma cuando llegan los años, como le llegaron a Rosita. Ella, aún tenía a su ama, esa fuerza de piedra del campo, viva hasta los huesos, solícita por su lúcida comprensión de la mala suerte que acorraló a su Rosita. La estará acompañando. Pero nada podrá hacer por la decepción, que sabemos sólo terminará con la muerte. Por otra parte, dentro del ambiente en que Lorca ha creado su obra —con la nostalgia de género viejo de esos años provincianos, ingenuos y dulzones—, parece que todo el drama toma más su fatal capacidad de destruir hasta el fondo al personaje central. Junto a la herida que la decepcionó en sí, está la herida de la soltería, especialmente dolorosa en esa época, por la posición de la mujer en la sociedad. Es muy probable que, de vivir Rosita en años más recientes, su mutis del tercer acto habría sido muy diferente: tal vez, de traje sastre, con aire abatido, pero con un pasaje en la mano.

Es interesante observar con qué fruición se dedicó García Lorca a crear personajes de mujer. El mismo caso lo vemos en Tennessee Williams. Su Blanche de "Un Tranvía llamado Deseo", su Alma de "Verano y Humo" y la fogosa protagonista de "La Rosa Tatuada", son estudios precisos de una mujer determinada. Lorca tiene también ejemplos decisivos. Pero su acierto psicológico máximo es, según muchos críticos, "Doña Rosita", como lo es la Raimunda de "La Malquerida", en Benavente. A mi juicio, el mérito de Lorca no está en lo que dice Rosita, sino en lo que "no" dice. Es por eso que, en ese extraordinario tercer acto, debajo de cada pausa hay una punzante confidencia. No nos extraña esta certeza en el dibujo íntimo del personaje, pues Lorca tenía una sensibilidad y clarividencia poco comunes en su visión de la mujer. Aun más, "Doña Rosita" es una comedia de mujeres. Junto a la protagonista está el Ama,

retrato absoluto, siempre con la respuesta auténtica, la gestión sana, el sollozo directo, la carcajada con todos los dientes. También está la Madre de las Solteronas, con su humor triste, su venida a menos y su pecho para el suspiro. Y la Tía, las Solteronas y las Ayola, todas forman un muestrario completo de tipos de mujeres, de una fuerza que nos inclina a quererlas sin condiciones, con todos sus lados flacos auestas. Creo que sobre la mujer en la obra de García Lorca hay un curioso tema de meditación, que alguien tomará algún día, como se merece.

Una muestra de lo cerca que puede estar García Lorca de nuestro público es ver lo lejos que está de otros. Nunca olvidaré una representación de Yerma que vi en Nueva York. Dada en inglés, en una versión ni mala ni excelente, mantuvo frío al público norteamericano. Alguien que estaba a mi lado, al final de la representación, dijo, más o menos: "¡Tanto alboroto por no tener hijos!". Realmente, el tema perdía toda su grandeza y su significación ante ese público que estaba tan lejos de Lorca. Por otra parte, "La Casa de Bernarda Alba", también representada en Nueva York, había fracasado ya. Sin embargo, yo tengo una fe ilimitada en el éxito de Lorca en nuestro público. Los antecedentes en ese sentido no desmienten mi confianza. Muy por el contrario. En cuanto a "Doña Rosita", para mí es una obra predestinada al afecto de todos. Aparte de sus valores de creación de personajes claros e inolvidables, comparo la opinión de Alfredo de la Guardia cuando afirma que, aunque no es la de tema más original, es la de técnica más segura de todas las creaciones de Lorca. Y, en último término, creo en la eficacia de esta obra por su increíble variedad. Hay escenas de todos los tonos, construidas con esa economía que tiene siempre toda obra maestra: lo tierno, lo cómico, lo ácido, lo placentero, lo amargo, lo cuasigrotesco, lo dramático, lo cursi con melopea y, al final, ese aire de verdadera tragedia de un simple mutis, pero irremediable.

¿Mis ideas sobre la dirección de la obra? Nunca me ha gustado hablar de antemano sobre estas cosas. Hay que decir con humildad que, durante el proceso de creación de un espectáculo, siempre hay un misterio en cada ensayo y demasiados cambios. Nos aferramos, entonces, a nuestro pobre "oficio" de hombres de teatro, hasta creer que hemos resuelto toda duda y todo misterio. Así vamos, cambiando de ruta, buscando y acomodando, con íntimo goce a veces, con sufrimiento casi siempre, viendo una luz repentina en un detalle turbio, con el ojo, el oído y la mente en una pelea sin tregua para que todo quede "vivo" ante el público, quien es, en última instancia, "todo" y a quien servimos. Podría ahora hablar sobre el montaje mismo de la obra en su parte física, pero eso no interesaría más que a

los técnicos. En todo caso, creo que lo que "no" hay que hacer con "Doña Rosita" es un trabajo demasiado "científico" de análisis. Estimo que hay que enfocarla en forma directa y sana. Es una obra demasiado neta, simple, "viviente". Nada de microscopios, pues sería matar ese ambiente de magia evocativa, dulce y triste, que deberá emanar desde un comienzo, si se quiere que los personajes y situaciones salgan con auténtica verdad. Siempre he pensado que cada obra tiene una invitación propia implícita que nos dice en qué forma debemos acercarnos a ella. "Doña Rosita" pide sencillez y "humanidad". Por otra parte, aunque de forma realista, es una obra de un poeta, en la cual los personajes sienten que, de pronto, la prosa les queda angosta y entonces hablan en verso. Por eso, yo siempre digo que "Doña Rosita" es una obra de un realismo a cincuenta centímetros del suelo y que, por lo tanto, admite licencias y soluciones que puedan crear atmósferas más allá de un simple espejo de lo diario.

Finalmente, ha sido el Teatro Experimental quien, al invitarme a dirigir "Doña Rosita, la Soltera", de nuevo me ha unido estrechamente a una obra a la que le tengo más que afecto. Y se lo agradezco.

PEDRO MORTHEIRU



MIENTRAS la pintura, la música, la novela se han puesto a tono con la época, el teatro se ha quedado muy atrás. Se dice que al público le gusta así y que, incluso, otorga su preferencia a los espectáculos más desprovistos de novedad; que el Crítico, en general, tiene horror de plantearse cuestiones estéticas y que, por último, las condiciones materiales de la explotación teatral se han puesto tan difíciles que todo trabajo de creación se hace imposible. Yo respondo a eso que, a pesar del nivel más bien bajo del gran público, a pesar del Crítico, a pesar de las condiciones materiales, el Arte Dramático tiene derecho, tiene necesidad de proseguir una evolución para la cual nuestra época no carece ni de personalidades ni de creadores.

CHARLES DULLIN.

"Recuerdos y notas de trabajo de un actor".